Alonso Cueto

Palabras de otro lado

Galaxia Gutenberg

© Luis Rodríguez Pastor

Alonso Cueto
(Lima, 1954) es autor de doce novelas además de libros de cuentos y de ensayos literarios. Vivió una infancia entre París y Washington y volvió con su familia a Lima a los siete años. Al cumplir los veinte salió otra vez de su país para vivir durante varios años en Madrid y luego en Austin, Texas. Contra el consejo de amigos y familiares, regresó a vivir a Perú a mediados de los años ochenta durante el apogeo de la guerra de Sendero Luminoso. Desde entonces vive en Lima, con frecuentes viajes a distintas partes del mundo.
Es ganador del premio Herralde por su novela *La Hora Azul*, del premio Anna Seghers por el conjunto de su obra y de la beca para creadores de la Fundación John Simon Guggenheim. Sus novelas han sido traducidas a una veintena de idiomas. Tres de ellas (*La Hora Azul*, *La Pasajera* y *Grandes Miradas*) han sido adaptadas al cine. En 1984 terminó sus estudios en la Universidad de Texas con una tesis sobre los relatos de Juan Carlos Onetti. Está casado, tiene dos hijos y una nieta.

I

Estamos en las finales.

La voz suena como una bandera blanca que ondea sobre el silencio oscuro de la sala. Es mejor saberlo. Estamos en las finales, falta muy poco.

La enfermera es alta, delgada y de facciones duras. Aurora la mira. Es una extraña en la sala de su casa. Pero es una extraña que está hablando de su madre. Tiene una tristeza neutra en los labios y emite sonidos como balas detenidas en el frío.

Acababa de haber un cambio de turno. Era la primera vez de esa mujer. No la había visto antes y se sentaba de un modo tan profesional, el modo con el que pasaba las páginas de algunos análisis para emitir su sentencia.

Aurora pensó que la enfermera recién llegada era la muerte. La muerte vestía un uniforme verde, estaba instalada en un sillón, y anunciaba el fin de la vida de su madre.

Un poco más allá, bajo la sombra de la escalera, su tía Avelina se persignó y murmuró algo con las manos dobladas.

Aurora miró hacia el pasillo, tomó valor y se puso de pie. Entró al dormitorio. La tía Avelina la siguió.

Allí estaba la cama blanca, el cuerpo encogido, el rostro doblado de su madre, Dora. El rostro desamparado, sobre la almohada. Los pelos esparcidos buscando aferrarse a la sábana. La boca inmóvil y entreabierta. Los ojos exilados en una zona que no alcanzaba en ese cuarto.

Aurora notó, con un nuevo asombro, que las cejas y los labios casi habían desaparecido. Pronto su madre iba a perder la cara que todos conocían. Iba a entregarse a la máscara que va uniformando a los moribundos por igual. Unas facciones ruinosas y homogéneas que le van quitando su identidad a cada persona y que los iguala en la forma de la especie, como el rostro apretado que tenía cuando acababa de nacer.

Pero no había llegado a ese estado todavía. En ese instante su madre aún estaba viva. Frente a ellas. Echada boca arriba, mirando el cielo con los ojos cerrados, los brazos extendidos hacia el borde de la cama, la nariz alzada buscando salir. Cada soplo de sus pulmones parecía un milagro. Apenas se movía en su sueño despierto. A su lado, se había sentado esa enfermera maligna, que la miraba, quizá pensando en terminar su trabajo cuanto antes allí.

Estamos en las finales, sí. En vez de decir que su madre iba a empezar una nueva vida, que iba a encontrarse con el Señor, que iba a estar por fin junto a su difunto esposo Leonardo. En vez de decir que iba a descansar y a seguir con ellas, desde el otro lado.

Su madre no estaba en las finales. Eso lo decía la enfermera, lo decía la ciencia, lo decían esos exámenes clínicos. Pero eso era la gente de Lima. Porque la gente en Lima no piensa como la del Cusco. Para la gente de

Lima la muerte es el fin de algo, como el fin de un camino o de un trabajo.

Su madre lo había dicho muchas veces. La gente de Lima no tenía respeto ni por la vida ni por la muerte ni por los seres humanos que cruzan las sombras y encuentran la luz. Su madre iba a morirse en cualquier momento, pero iba a iniciar una vida que solo ella iba a conocer. Iba a enviarles señales desde esa otra vida. No estaba en las finales sino a punto de desprenderse de todo esto que está aquí para entrar en otro reino, el de las cosas permanentes y las verdades esenciales. Ella y su madre lo habían hablado muchas veces.

Aurora miró a su tía Avelina y luego a lo que había cerca de la cama.

Ahí estaban los objetos que siempre habían rodeado a su madre. Su Virgen de Paucartambo con su vestido dorado y rojo y su velo blanco y su niño Jesús, sus retablos de agricultores y espigas, sus cajitas de joyas que hace mucho no se ponía. El armario, la lámpara del techo con gajos de vidrio, el espejo en el que seguramente se había mirado todos los días.

Los objetos estaban en el lugar donde ella los había dejado, para acompañarla. La estaban mirando, iluminados por el resplandor de la primavera en la ventana. Era como si todos le dijeran que por un tiempo, que duraría uno o dos días eternos, su madre aún está viva. Allí con ella, con su tía, y lejos de esa enfermera uniformada.

Se acercó a la cama.

–Dora, tienes que descansar. Estamos aquí contigo.

Un largo silencio, con algunos golpes de ruidos de motores en la calle.

–Me da mucha pena dejarte –dijo una voz que salía de ella–, pero sé que vas a estar bien. En todo caso, me voy a ver a Leonardo.

Aurora recordó a su padre, Leonardo. De pronto la orfandad de ambos padres era la mejor definición de la soledad. Iba a estar muy pronto sola, en el mundo. Flotando en el espacio sideral. Sola. Pero en ese momento no podía aceptar que su padre hubiera muerto y ahora su madre tuviera que seguirlo.

–No –le dijo Aurora–. No, Dora. No vas a dejarnos.

El rostro sonrió.

Le gustaba que la llamara así. Era su madre pero desde que Aurora era adolescente la había llamado por su nombre. Dora. Quizá porque rimaba con el de ella y así se sentía más cerca.

Aurora había dormido en el sofá, junto a Dora, la noche anterior. Y la anterior. Y todas las noches desde que había empezado la última etapa de la enfermedad. Durante el sueño de la víspera, su madre había dicho algunas frases. Pedidos, gestos, manos alzadas. Quiero decirte algo. Pero por favor no te vayas. No me dejes. Cuando una se muere, tiene mucho que decirle a la hija que se queda. Tienes que saber algo.

Después murmullos, susurros, conversaciones con una sombra. Ruidos de la última vida, los músculos y los huesos que protestan, un desmoronamiento del pelo, las perturbaciones de sus labios, el temblor precario de los párpados. Y luego la quietud del rostro. La quietud de la respiración agitada. La quietud de lo que se cernía sobre ella. Pero por ahora estaba en su cuarto.

Estaba con su hija y su hermana. En ese rostro, durante la noche anterior, habían aparecido algunas nuevas palabras. Nombres incomprensibles, diálogos con fantasmas, algunos amagos de risas y llantos, ruidos de vida. Fragmentos de voz desordenados y coléricos y llenos de lástima, y alguna exclamación de alegría. Qué bien, qué lindo, qué bien. Había abierto los ojos y se había vuelto a quedar dormida o desfallecida o casi muerta.

Pero todavía no podía morirse. No iba a morirse. Iba a seguir allí. Al menos hasta que llegara Tito.

La mañana siguiente, al abrir los ojos, Dora la reconoció, le sonrió, movió los labios. Aurora se dio cuenta de que su madre había querido hablarle, durante varios días. Estaba enchufada a la sonda, el líquido de la almohadilla seguía goteando, era la rutina de la agonía asistida. Cada vez era más difícil cambiarle la túnica por las otras que le habían comprado. Su espíritu, hecho durante tantos años de una energía y un humor sostenidos, estaba a punto de inclinarse. Luego la muerte iba a viajar, como una mosca azul, en pos de alguna otra víctima.

–Mamá, ¿quieres decirme algo? Dime.

El rostro se movió.

–Está esperando que llegue Tito –dijo su tía Avelina.

Tito, su hermano que vivía en Miami, le había hablado dos días antes.

–No conseguí avión, hermanita. Son fechas muy difíciles.

–No se va a morir hasta verlo –dijo su tía Avelina.

Eso había sido el domingo. Pero ahora, esa misma

mañana del martes, Tito había tomado el avión. Estaba a punto de llegar.

En ese instante, el timbre sonó.

Aurora fue corriendo a la puerta. Allí estaba su hermano Tito, el saco oscuro, el pelo revuelto, los pasos rápidos, un maletín de cuero.

–Te está esperando –le dijo.

Tito entró y llegó a la cama. Le cogió la mano.

El rostro de su madre se movió. Abrió los ojos.

–Tito, Tito. Amor.

Él le apretó las manos.

–Tito, gracias. Gracias, gracias, gracias.

–Vas a ponerte bien, mamá.

–Gracias, hijo.

Su madre se quedó mirando al recién llegado. Era como un intento de llevárselo con ella, de retener la imagen de ese niño que había visto a lo largo de veintinueve años, regresando a un futuro a su lado, reconociendo todos los rostros que se superponían, sosteniendo a Tito en el pecho con la certeza de lo que hubieran sido las vidas de ellos juntos.

De pronto cerró los ojos. Habló en voz baja.

–Ahora por favor, Tito, déjame sola con tu hermana un momento.

–Mamá.

–Por favor.

La voz de su madre en esas tres sílabas, las vocales rápidas y abiertas, por favor, déjame sola con tu hermana un momento, por favor, qué determinación tan extraña en ese sonido.

Aurora no había oído esa voz desde el agravamiento de la enfermedad, el cáncer al hígado que había invadi-

do todo el resto de su cuerpo unas semanas antes. Un cáncer demasiado rápido y masivo. Su madre acababa de cumplir los sesenta años.

Aurora había pasado felizmente toda su vida junto a ella. Su trabajo había sido absorbente pero desde el comienzo buscó que le dejara tiempo para estar con su madre. Además era soltera y pudo dedicarse a ella. Sus ocupaciones como abogada en la sección tributaria del bufete del doctor Puma, aparte de su timidez y afición a leer novelas, habían absorbido el resto de su tiempo. Alta, delgada, de ojos oscuros y líquidos, con un mechón siempre cayéndole sobre el rostro, sabía que era una mujer atractiva. Pero no le daba mucha importancia a ese asunto, para qué vamos a estar pensando en eso. Había conocido a muy pocos hombres. Tres o cuatro habían sido sus parejas por un tiempo. Era algo que había hablado con Dora muchas veces. Debes conocer a nuevos chicos, le había dicho su madre. Seguramente por eso la llamaba. En ese momento quería hablarle de eso a solas, darle un consejo para encontrar al «hombre de su vida». Pobre mamá, pensando en esas cosas, mientras se muere. Sabiendo que se moriría sin nietos. Pensando en ella.

Para sorpresa de todos, la voz de su madre se hizo aún más fuerte.

–Vuelvo a decirles. Por favor, todos salgan. Quiero hablar con Aurora.

–Ya la han oído –fingió tomar el control la tía Avelina–. Todos fuera.

Su tía Avelina y la enfermera salieron. Tito las miró, luego miró a su madre, y salió con ellas.

Se oyó un sonido que Aurora nunca había sentido en ese cuarto. Un sonido áspero y extraño, como de otro

tiempo, como el de algún animal que se había quedado agazapado bajo el armario.

Aurora se acercó a la cama, con una silla. Se sentó. Los ojos de su madre siempre le habían parecido estrellas en el firmamento de un mundo perdido. La vio echada, con la mirada en la pared. Hablaba sin mirarla.

–Tienes que saber algo –le dijo–. Tengo que decirte algo muy importante.

–No te canses, mamá.

–Tu padre –le dijo ella.

–¿Qué pasa con mi padre, mamá?

Su madre se quedó en silencio, esperando que las palabras le llegaran.

–Tu padre no es Leonardo, Aurora. Tu padre es otro hombre.

La voz se quedó en el aire, ocupando un lugar definitivo, las palabras explorando cada rincón del cuarto, encontrando el lugar más oscuro y fijo para instalarse allí.

Aurora sintió un escalofrío en la espalda. Se dio cuenta de que no podía hablar. De pronto atinó a decir algo.

–Mamá. ¿Qué te pasa? ¿Estás delirando? Por favor, mamá. Tranquila nomás.

–Te lo puedo decir, bendito sea Dios, porque se lo dije también a Leonardo. Él sabe. Él me ayudó, me salvó la vida. Y te salvó a ti porque también te adoraba. Pero no es tu padre de verdad. Tu padre...

–Mamá.

Dora volteó hacia ella. Tenía la piel apretada a los huesos.

–Escúchame. Tu padre está vivo. Muy lejos está. Pero está vivo. Tu padre está vivo.

Aurora se reclinó en el espaldar, tratando de alejarse. Su madre la seguía con la mirada. Trató de sostenerse.

–Mamá. ¿Qué me estás diciendo? Deben ser las medicinas. Por favor.

–Él trabajaba en una empresa de minería en el Cusco, Aurora. Yo también trabajaba allí, era una secretaria. Ya te conté que trabajaba en una empresa de minas. Te conté muchas veces.

–No quiero saber nada de eso, por favor, mamá. Tranquila.

Su madre la seguía mirando. Pero en ese momento algo se había organizado en su piel. Su cuerpo se había recompuesto, alrededor de un impulso final. Parecía observarla desde arriba. Aurora sintió un vacío, como si todas sus entrañas hubieran desaparecido y solo quedara dentro de ella un abismo negro.

–Me casé con Leonardo embarazada de otro hombre.

–Mamá.

–Cuando ocurrió, yo todavía no conocía a Leonardo.

–Por favor.

El silencio se fue alargando. Su madre movía los labios, como buscando recuperar fuerzas. De pronto continuó.

–Leonardo es padre de Tito pero no es tu padre. Tu padre es Ignacio. Se llama Ignacio. El señor Ignacio Peña. Vive en España. En Madrid. Vive allí. Tu padre vive allí. Tienes que saberlo. Tienes que ir a buscarlo, Aurora. Por favor.

Cada palabra le llegaba como un golpe desde algún lugar desconocido de la habitación. No era su madre sino una voz sin cuerpo que revoloteaba por las esquinas y que se fraguaba frente a ella.

Aurora movió la cabeza, como tratando de espantar algo que volaba cerca. Una calma repentina venía a asistirla.

–Descansa, mamá. No te puedes agitar así.

Se dio cuenta de la firmeza de su tono. No entendía por qué reaccionaba con esa tranquilidad. No había aceptado lo que escuchaba, era eso, lo había oído pero no había aceptado nada de eso, ni siquiera pensaba que era un invento del delirio final. No era ella quien escuchaba.

Entonces su madre se incorporó. Era como si de pronto todas las enfermedades le hubieran dado un instante de permiso. El cilindro de suero despidió una burbuja.

La voz tenía una energía inesperada, la de una mujer joven y sana, que pronunciaba cada sonido.

–Se llama Ignacio Peña. Creo que vive en Madrid. Sí, en Madrid. Tienes que ir a buscarlo.

Dijo algo más que Aurora no pudo escuchar, y cerró los ojos. Luego los abrió. Brillaban con fijeza en un rostro sin color. Aurora se acercó y la acomodó, con la cabeza de costado.

–Por favor, mamá. Ya basta con esto.

Su madre alzó la mano.

–Yo...

Señaló el armario. Había una fila de cajones.

–Vas a encontrar algo entre mis papeles. Allí, en el armario. Hay un pequeño cofre atrás, al fondo. Nunca olvides a mi Leonardo. Pero recuerda el nombre de tu padre, hija. Ignacio Peña. Recuérdalo. Búscalo. Tienes que buscarlo. Tienes que conocerlo. Por favor. Tiene una mancha en la mano izquierda. Una mancha larga y roja. Recuerda eso.

–Mamá.

–Búscalo, búscalo. Que te ayude. Que te dé lo que no pudimos darte aquí. Él supo lo de mi embarazo. Supo de ti. Supo de ti.

–Vamos a pensar en cómo vas a mejorarte, mamá. Yo estoy bien pero tú tienes que descansar.

–Hazme caso, hija. Hazme caso.

Su madre se incorporó.

–Bueno, ¿pero qué estás haciendo? Échate por favor. No te muevas así.

–Tú nunca me has obedecido mucho, pero esta vez vas a hacerme caso. Creo que le va bien a él por allá. Creo que Ignacio está bien.

Dora se incorporó y se quedó sentada al borde de la cama. Al verla, Aurora sintió un mareo. A su alrededor, todos los objetos daban vueltas. Encontró una silla cercana.

–¿Pero qué haces? No te pares. ¿Quieres que te traiga algo?

Dora volvió a echarse.

–Ahora vas a hacerme caso. Él te puede ayudar. No es un mal hombre. Solo que es un poco cobarde, nada más.

–Pero cómo voy a...

–Porque tienes tus derechos, mujer. Y te digo que yo los tenía pero los perdí.

–No hables así.

Su madre movió las manos entre las sábanas, como si estuviera buscando algo.

–Yo también fui cobarde. Debí exigirle más. Debí hacer más. Pero felizmente llegó Leonardo. Mi adorado Leonardo, mi adorado Leonardo. Llegó a mi vida. Y a

la tuya. Pero se fue, Dios mío. Se fue. Y ahora que no está, que no estamos ninguno de nosotros, eso no puede seguir pasando. Porque ahora que me muero... te toca saber... tienes que saber la verdad.

Su madre señaló el armario.

–Mira allí, por favor, Aurora. Es el último cajón de la derecha. Ábrelo.

–Qué.

Aurora se quedó inmóvil. No atinaba a moverse ni a decir nada.

–Hay un sobre allí. Saca el sobre de allí.

Por fin Aurora la obedeció. Buscó en el fondo del cajón, y encontró un sobre largo y grueso.

–He estado ahorrando para este momento –le dijo.

Aurora abrió el sobre. Había varios fajos de cien dólares. Era de no creer, mamá. ¿De dónde había reunido tanto dinero?

–Esto lo he guardado para ti. Bendito sea Dios que me ha dado este momento de fuerzas para decirte. Toma eso. Cómprate un pasaje a España. Búscalo. Visítalo. Anda a verlo. Hay algunos papeles allí. Una carta hay en ese mismo cajón. Una carta y una foto al fondo. Mira.

–Mamá, por favor, estás delirando.

–Te estoy contando todo, hija. Te estoy contando. Leonardo sabía que tú eras hija de él. Cuando nos conocimos yo ya estaba embarazada. Pero te reconoció, te dio su nombre. Ay, Dios mío. Ahora ya puedo verlo para contarle que tú también sabes lo buen hombre que fue él. Felizmente puedo contarle ahora. Y te lo digo a ti. Leonardo te reconoció, te dio su apellido, te quiso mucho, te adoró sabiendo que no eras suya. Te crio al

igual que a Tito. Porque eras suya. Porque eres suya. Sí. Como él... Por eso ahora estoy tranquila... Ahora que lo vea, le voy a decir que te lo conté todo. Que sabes que le debes la vida.

–Mamá. No tienes que explicarme.

–Te lo digo. Leonardo nos acogió. Nos acogió con su amor. Con su nobleza, sí, hija, con su nobleza, te digo. A mí y a ti en mi vientre, hijita. Fue cuando yo estaba desesperada porque tu verdadero padre se había ido a España. Por eso nos vinimos a Lima después de un tiempo. Por eso no volvimos a Cusco. Porque allí algunos sabían de esto. Y nos fue bien aquí, como has visto todos estos años. Todos estos años, Dios mío. Ahora sí puedo irme tranquila. Ahora que te he dicho eso. Y le voy a contar a Leonardo que te dije. Me libero de una carga, hija. Por fin.

Aurora sintió que las lágrimas le daban vueltas por la cara. No eran lágrimas de pena o de dolor sino de asombro. Se contuvo a tiempo.

–Sí, mamá. Gracias, mamá –dijo sin saber por qué.

–Ahora...

Su madre no pudo terminar la frase. Se cayó de costado en la cama.

–Tito. Tía Avelina –dijo Aurora.

La enfermera entró.

–Se ha desvanecido –dijo–. Solo hay que rezar y que esperar.

–¿Pero qué ha pasado, Aurora? ¿Qué te ha dicho? ¿Por qué se ha puesto así?

Aurora se alejó. De pronto su madre estaba con los ojos cerrados. Tenía una piel lozana. Dormía con una paz que nunca había visto en ella.

–Algunos encargos finales –le dijo.

–Pero qué.

–Cosas de la familia.

Tito se acercó a la cama. Le estaba diciendo algo al rostro dormido.

Aurora salió a la sala. Se sentó. Se dio cuenta de que su tía Avelina se había acercado. Le estaba proponiendo llamar a un sacerdote. Pero ella no la oía. La miró como si fuera una extraña.

–Hijita, ¿estás bien? –dijo Avelina–. Por favor, señorita enfermera, venga. Mi sobrina parece que va a desmayarse.

Su mamá abrió los ojos esa tarde, como si la muerte se resistiera con ella. Ya ves, hijita, que Dios me ha dado un tiempito más porque está de acuerdo que te lo cuente todo.

Siendo una buena madre, Dora aprovechó el tiempo adicional para compensar a Tito con su propia charla a solas. Al salir del cuarto, su hermano les contó a la tía Avelina y a Aurora que habían hablado de sus días de la infancia. Tan lindo eras en esos tiempos, y mírate ahora, estoy tan orgullosa de ti, así me dijo.

De pronto sonó el teléfono. Su amiga Vicky. Ya se estaba preguntando por qué no había llamado.

–Perdón que no pude llamar temprano. Pensando en ti, amiga.

–Bueno, aquí vamos. Más o menos.

–¿Cómo está?

–Ha mejorado de pronto. Pero igual no hay nada que hacer. Estoy deshecha, amiguita. Solo rezo todo el día.

–Bueno, es lo que queda, pues. Ay, qué momento tan duro, amiga. Voy a verte.

Vicky llegó, estuvo con ellas, se quedaron hablando de los remedios que tomaba su madre para el dolor, sobre todo la dosis de morfina que habían tenido que aumentar. Por fin Vicky regresó a su casa.

Esa noche Aurora y Tito se quedaron dormidos en el sofá, al lado de la cama. Cuando despertaban, Tito sostenía una de las manos de su madre y Aurora la otra. Su tía Avelina recitaba las oraciones en voz baja, como una súplica sostenida, con el rosario en la mano. Algunas veces los demás rezaban en voz alta con ella. La enfermera aguardaba en una silla. Pero la tía Avelina no dejaba de rezar.

Cada golpe de respiración era como un milagro. Aurora solo se preguntaba si el sonido que acaba de escuchar, el aire entrando y saliendo en su cuerpo, sería el último.

De pronto, se produjo un movimiento definitivo en el cuerpo.

Su piel quedó inmóvil.

Era como si algo hubiera abandonado el rostro, dejándolo a su suerte.

Cuatro y cuarenta, dijo la enfermera.

Aurora iba a recordar la voz con la que había dado la hora, como si se definiera todo con esas sílabas. El horario de una vida. El reloj de la muerte. En los registros de nacimientos se señalaba la hora del nacimiento. Pero el de la muerte, por lo visto, se decía en voz alta gracias a la voz de una enfermera desconocida. Anunciar la hora parecía ser la última banalidad del oficio de esa mujer. Quizá había que felicitar a su madre por ha-

berse muerto delante de su notaria. Era como un certificado oral de defunción.

Pero esa frase había sido la única señal. Su tía, su hermano y ella se habían quedado inmóviles. Desde entonces sería más fácil. Su ausencia había sido planificada. Lo que iba a ocurrir a partir de entonces había sido diseñado por Dora, imaginado por Dora, era el reino extendido de Dora.

El vestido que iban a ponerse, las flores que la iban a acompañar, el sacerdote que estaría en la misa. Su madre había estado pocos días antes a solas con ese sacerdote, el padre Esteban. Dora y Esteban habían tenido una conversación de tres horas, y ella seguramente le había contado algo. Y entonces había quedado lista.

Su madre no había querido darle dignidad ni decoro a la muerte. La muerte nunca tiene dignidad y menos decoro, pensó Aurora. Los funerales son limpios y ordenados pero la muerte es sucia y viscosa y es maloliente. Aun así, su madre había querido limpiarse de la muerte, darle un orden posterior. Había buscado que siguiera sus reglas. Sí, había que decirlo otra vez. El vestido que ella había escogido, las flores que brillarían en el velorio, el sacerdote que diría la misa, los salmos que iban a leerse. Era su modo tranquilo de decirle a la muerte quien era ella, aceptándola solo para imponerle un reglamento.

Así como había dirigido su propia muerte, había dirigido su vida. Y también la de su padre. Había visto muchas veces la foto de Leonardo teniéndola en brazos, sonriendo tranquilamente, alucinado por el amor, siempre tan suave y paciente. Las fotos en cambio mostraban a su madre con una media sonrisa, a punto de con-

vertirse en un reproche de amor. No la engrías tanto a la niña. Que conozca sus límites, que tenga un horario para comer y para dormir, su madre tan llena de euforias y de emociones improvisadas y de reglas. Muy bien, esto me sirve para el trabajo en el banco, le había dicho Leonardo. Todo este sentido del orden que tienes, mujer. Ya verás que con estas reglas que me das voy a reformar la agencia.

Dora le había dicho tantas veces a Leonardo que tendiera su ropa, que no dejara rastros de sus zapatos en la casa, que comiera siempre a sus horas. Perdona que sea así, pero es que así me criaron. Y hay que tener un poco de orden en todo. Digo, para después divertirnos más pues, así tiene que ser. Eso le había hecho siempre gracia a Leonardo. Esa frase. Para divertirnos más pues, así tiene que ser. O así sería. Su esposa siempre lo había divertido. Y él la había divertido a ella con sus silencios, con sus murmullos, sus sonrisas llenas de secretos. Ahora su madre, rodeada por su familia, se había quedado sola, con la soledad de no estar más allí.

Tres mujeres entraron al cuarto. Aurora vio cómo sacaban a su madre a la sala principal. La estaban poniendo en una lujosa caja de madera. Ya tenía el vestido celeste que ella misma había escogido. La tela la cubría y alguien había tenido el tino de ponerle las manos dobladas encima del cuerpo, en señal de oración. Se extrañó de ese cuerpo tan íntimo que en ese momento era como un objeto ajeno y pesado, un material de carga, un asunto que atender para los especialistas de las empresas funerarias, o de pompas funerarias como decía ese letrero, las pompas que celebran siempre tan veloces a los muertos. Ya lo había aprendido con la muerte de

Leonardo. Estaba en el instante del descubrimiento y el asombro, en la primera soledad. No sabía qué sería de ella en los días siguientes.

Después de firmar algunos papeles y hacer los pagos, después de fijar el lugar del velorio y de por fin abrazar llorando a su tía Avelina y a Tito y a otras primas y tías que llegaron, Aurora llamó a Vicky.

Se murió en paz, sin un suspiro.

Ya descansó.

Educada en el rigor y el método de la vida de campesina en el Valle Sagrado, la señora Dora había dejado el oficio de sus padres para aplicar esas virtudes a sus estudios de secretariado en un instituto en la ciudad del Cusco. Poco después de graduarse, varias empresas mineras le habían hecho ofertas de trabajo, quizá por recomendación de algún profesor. Dora había contado que sabía de qué profesor se trataba, pero siempre lo había mantenido en secreto. Una empresa canadiense que extraía oro y cobre en el sur de la región le había ofrecido un sueldo decente, y hasta decoroso, y por entonces Aurora no tardó en aceptar el puesto de secretaria del gerente de operaciones. Había estado muy bien en esa empresa, a pesar de las amenazas de los terroristas a las instalaciones. Pero un tiempo después de casarse, por algún motivo ella y Leonardo tuvieron que mudarse a Lima. Quizá porque en aquellos años con la guerra de Sendero Luminoso todo se estaba complicando.

Creciendo en Lima, Aurora se convirtió en una pequeña traviesa y dulce que cogía un cenicero o un tenedor y preguntaba qué es esto, qué es esto, y para qué

sirve esto, y así se cansaban de repetirle las cosas en las reuniones de familia. Tú siempre tan curiosa y tan linda, hijita.

En Lima, su madre había entrado a trabajar en una compañía de importaciones. Había aprendido a dominar las computadoras, a pesar de que eran artefactos recientes para ella.

En sus veinticinco años en la empresa, se había hecho querer por sus compañeros de trabajo y había llegado muy apreciada por los jefes al día de su fiesta de despedida. La mañana siguiente se quedó en la casa. Hoy empiezo con algo nuevo. Su trabajo estaba ahora en la parroquia de Santa Beatriz donde organizaba sesiones de tejido de chompas y ropones para los vecinos de El Agustino. En medio de su rostro radiante, una sombra había ido formándose. La constatación de la ausencia de su esposo Leonardo a veces la asaltaba y la paralizaba en un encierro en la casa. Pero de esos encierros siempre salía radiante, dispuesta a ir a la parroquia para seguir tejiendo.

Durante los últimos años, Dora había ido ahorrando para su entierro. Lo que quiero ahora es irme con Leonardo y contarle que todo está bien, repetía mientras tejía algún ropón o chompa nueva. Ya lo tengo todo dispuesto. Ay, mamá, no hables así, decía rutinariamente Aurora.

La tía Avelina ya tenía el dinero con todos los pormenores definidos para cada monto y todo lo que iba a decirse al pie de su tumba, tal como Aurora se lo había especificado. El salmo de Corintios. La epístola de Pablo. Y al final, gloria a los hombres y mujeres de buena voluntad.

Debía ser enterrada al lado de su esposo Leonardo, como siempre se lo había prometido. Había comprado el espacio en el cementerio junto al suyo, un día después de la muerte de Leonardo. Acto de amor, voy a esperarle y a seguirle, era lo que le había dicho a Leonardo siempre. Si algo te pasa, yo me compro el hueco de al lado así que espérame allí nomás. Bueno, pues me sentiré feliz de que estemos juntos, le había sonreído Leonardo. A lo mejor habrá tiempo hasta de hacer sexo mortuorio. Ay, qué cosas dices, madre.

Esa mañana, con su madre esperándola en el salón del velatorio de la parroquia, Aurora se vistió con el traje que más le gustaba a su madre, el blanco y negro, con un cinturón de hebilla de plata. Así, con un traje que le gustaría a ella, fue a verla. Resultó ser la primera en llegar. Algunos colegas y practicantes del estudio vinieron a abrazarla, le preguntaron por los detalles de la enfermedad. Algunos hombres en sacos oscuros entraron cargando coronas de flores. Aparecieron amigos que no había visto en años, incluso antiguos vecinos. Una mujer tan buena, tan amiga, me parece que mañana va a llamarme para jugar a las cartas y luego ir al rosario. El señor Puma, abogado principal del estudio, entró con sus gafas anchas y su peinado de fibras blandas, y le dijo que le extendía su más sentida y apreciada condolencia, doctora. Gracias, gracias, doctor. Tómese los días que quiera. El lunes voy y luego ya vienen las fiestas de fin de año. Tal vez me tome las vacaciones que me deben. No se preocupe, Aurora. No se preocupe.

En el cementerio, ella y Tito estuvieron al frente del grupo escuchando los golpes de tierra luego de ver descender el ataúd. Allí estaban. Juntos. Dora y Leonar-

do. Los eternos novios. Los muertos integrados por la tierra.

Durante las palabras del sacerdote, Aurora resistió con dignidad los rezos, los abrazos, las frases de condolencia, recibe Dios todopoderoso a tu hija Dora que partió en tu búsqueda. Amén. A lo largo de la espera de nuevos parientes y amigos, se enfrentó a los protocolos de la lástima, los rituales de las sonrisas convertidas en muecas, abrazos cerrados y húmedos, palabras rápidas.

Durante todo ese tiempo, Aurora sintió que otra mujer, que se había preparado para ese evento pero que apenas tenía que ver con ella, se había hecho cargo. Esa otra estaba sobrellevando los embates y mensajes del mundo de afuera. Había que verificar las cadenas gruesas de la bondad, la ceremonia de los abrazos, las palabras indecisas, los afectos póstumos, la buena voluntad de los que hubieran querido verla más, pero así es, qué vamos a hacer. Había que enfrentarlas y recibir sus cariñosas agresiones con la frente en alto. Era como un temporal. Mi más sentido pésame. Los acompañamos en el sentimiento. Que Dios la tenga en su gloria.

Por fin se alejó. Ya habría tiempo de regresar al cementerio a conversar con su madre, a preguntarle qué era lo que había querido decir. O quizá la visitaría en su dormitorio. Habría tiempo de hablar.

Las palabras dichas en una voz fina y precisa seguían circulando. Tu padre es el señor Peña. El señor Ignacio Peña. Vive en España.

De pronto sintió el estremecimiento de algo ajeno que salía de su cuerpo. Un golpe largo que le corría por la espalda y que se iba hacia atrás. Se alejaba de sí misma, como si estuviera mirándose a mucha distancia. Es-

taba observándose, habitando un cuerpo que había resultado no ser el suyo. Era el cuerpo de un desconocido llamado Ignacio Peña. Ella había recibido una materia extraña en los huesos, una red de organismos minúsculos que habían estado agazapados pero que ahora corrían por sus venas y que no tenían que ver con ella. Se sentía ajena a su piel, a su rostro, a la sangre que seguía sosteniéndola de milagro. Era una extraña que había recibido la vida de un extraño. El señor Peña. Ignacio. El señor Ignacio Peña.

Al día siguiente se puso las zapatillas y salió a correr. Atravesó la avenida Arequipa, siguió por el centro Risso. Fachadas, carros, gente agrupada en las esquinas, policías alzando la mano, microbuses empujando chorros de humo. Iba a seguir, seguir hasta el final. Aquí estoy, madre. Tú dime dónde estás.

Esa tarde Aurora se quedó conversando con Tito y la tía Avelina. Tantos recuerdos, Dios mío. Todos los recuerdos vienen a acompañarnos. Nos consuelan un poco, como que quieren decirnos que no estamos solos.

Recuerdo cuando cantábamos juntos. Cuando cantábamos los domingos. Cuando vayas a partir, quiero que sepas. Y en la casa de los primos Narváez.

Yo recuerdo eso mucho de niña. Claro.

Y tu papá tenía una voz tan linda.

Claro, tía. Mi papá tenía una voz tan linda. No hablaba mucho pero cantaba muy fuerte. Y mi madre cantaba también, cantaba hasta algunos villancicos con nosotros. Y después los valses y los huaynos, y el carnavalito. Ese paraíso de los padres. Los desayunos,

los paseos, las conversaciones. Y te acuerdas del día en el que caminamos durante horas y nadie se cansaba, y nos encontramos con ese contador de chistes en el Parque de la Reserva. Y nos decía cuál es el lugar a donde van todos los gatos. Al purgatorio. Y nos reímos tanto ese día. Sí, ese día. Ese paraíso lleno de voces que era tan sólido, tantos niños como ella y como su hermano en el parque, la fortaleza que habían recibido de ese sistema de costumbres. La costumbre de la tranquilidad, de la confianza, de las manos apretadas de sus padres. El hábito de estar bien. Mi madre fue la que se encargó de hacer esta familia. Era un sistema, todo organizado: los almuerzos de los domingos, los paseos a la plaza y al malecón, ella junto a Leonardo, y las conversaciones y las idas a misa y los cantos en el coro, Santo, santo, santo es el Señor, y el trece de mayo la Virgen María bajó de los cielos a Cova de Iría, las reuniones con los tíos y los primos con la guitarra y con los juegos, la fe en esa energía concertada, un sistema de relaciones estables entre ellos, una fuente de decisiones y acciones. Tanto que nos hemos reído los cuatro, los cinco contigo, tía Avelina. Todas esas risas que ahora eran como cantos de fantasmas en la zona donde revolotean sus últimas palabras.

–Pero gracias a todo eso, gracias a nuestros padres, tenemos confianza en nosotros, en las cosas –dijo Aurora, señalándose la cabeza–. Todo eso lo hicimos juntos. Tuvimos nuestro modo de vivir juntos. Nuestros padres nos reforzaron el alma, nos dieron unos pies fuertes para estar en el mundo.

–Por eso a mi mamá me la llevo en el corazón –dijo Tito–. Una pena que tuve que irme a vivir fuera.

Aurora volteó hacia él.

–¿Te puedes quedar?

–No, Aurora. Lo siento. Pedí tres días de permiso en la oficina. Tengo que volver para allá.

Aurora volteó hacia el sillón vacío.

–Dicho sea de paso –dijo Tito–. Dime algo que no me quedó claro. ¿Qué fue lo que mamá te dijo cuando habló contigo a solas?

–Bueno, de todo un poco.

–Pero qué.

–Bueno. Que esperaba que fuera feliz, que esperaba que todo fuera bien. Y que tú y yo nos viéramos más. Nunca soportó del todo que te fueras. Pero, bueno, eso ya es la historia. Los hijos se van y vuelven y algunos se quedan.

–A mí también me dijo algo. Ella quería que encuentres un buen hombre –dijo la tía Avelina.

–También eso. Sí.

–Tan linda y tan capaz y no sé por qué, no sé qué pasa con los hombres que no te buscan más.

–Soy muy selectiva, tía. Tú ya sabes eso.

–No te preocupes –dijo Tito–. Ya vendrán buenos pretendientes para Aurora, con mucho dinero además. O ya saldrás a buscarlos.

–Así es.

–Bueno, yo sí tengo a una gringuita. Un encanto. Ya la conocerán.

–Seguramente, hermanito. Ya veremos.

Aurora se reclinó en el asiento. Ya veríamos, ya veríamos, hermanito. Y ella ya vería también lo que iba a hacer. Pero hoy mismo no voy a decidirme, madre, por favor no insistas.

Después de despedir a su hermano Tito en la puerta, frente al taxi, Aurora volvió a su casa. Era una vivienda de ciento cincuenta metros cuadrados que en ese momento parecía mucho más grande de lo que era, con una sala, dos dormitorios y un comedor con una gran mesa de madera. Al lado de la mesa había un aparador de vidrio y madera, con algunos objetos preciosos: las vasijas de la abuela, la cruz de Paucartambo, el retablo grande de campesinos con espigas. Allí había tomado desayuno con su madre casi todos los días. Allí se había despedido de ella a las ocho de la mañana. Allí revoloteaban las voces en la mesa con las dos sillas.

Siempre se sentaban en el mismo lugar, su madre en la cabecera, ella a un costado. Siempre así, luego que Leonardo se había ido. Nadie les había asignado una silla u otra. Pero eran sus lugares. La silla de Leonardo había quedado vacía desde entonces. Y luego el sofá donde hacía el tejido y a veces leía algunas novelas. La televisión donde las dos veían los noticieros. Y ahora la casa había quedado para ella pero la verdad no puedo seguir aquí sola. Iba a decirle a su tía que se mudara unos días.

Las voces de su madre –mejor abrígate al salir, va a hacer frío, no te preocupes por ese problema en la oficina, déjalo pasar que ya sabes que en unos días nadie va a acordarse de eso–, seguían haciendo su ciclo habitual por el aire. Ella había vivido escuchando esas palabras. La habían protegido del mundo. Las había recibido en herencia para poder seguir. El aire olía a su madre. Tenía su olor, algo indefinible, el olor al pelo blanco y a la piel oscura de su rostro y el olor del movimiento de sus

manos y de sus zapatos negros de punta. Había que acompañarla.

–Muy bien. Claro que me voy a estar contigo unos días –dijo Avelina.

Era viernes y tenía todo el fin de semana para ella, antes de volver el lunes al estudio del doctor Puma.

Aurora se enfrentó a su primera noche en la soledad de su casa. Se echó, pensando que durante todo ese tiempo se había podido dormir sabiendo que su madre estaba en el cuarto de al lado, durmiéndose antes que ella, dándole el ejemplo de cómo descansar, y sabiendo que la cama en la que ella estaba se había unido a la otra, desde siempre, sin saberlo. Saber que su madre dormía cerca la había arrullado. Sí. Pero ahora tenía que quedarse dormida en un espacio que se había vuelto un vacío, sin el equilibrio que le había enviado Dora desde allí.

Era allí también donde esta había dormido con Leonardo durante tantos años, y luego allí había aprendido a dormir sola, pensando en él. Leonardo las había dejado de la peor manera, sin un anticipo de duelo. Pero habían pasado por todos los recuerdos de su padre juntas. Así como se habían acostumbrado a estar primero los cuatro, luego los tres, Aurora y Dora habían organizado su vida juntas, una pareja de costumbres consolidadas por la fe. Aurora había salido con sus amigas, había llegado a cualquier hora, pero siempre había encontrado su taza y la cafetera y dos panes con jamón en la mesa. Allí estaban como una comprobación de la existencia de Dora, una ofrenda de la vida cotidiana con ella. Llegarás muy cansada, seguro. Te dejo alguito para que comas allí afuera. Claro, la vida cotidiana con Dora tal como ella había supuesto.

Y ahora esas palabras. Leonardo no es tu padre. Bendito sea.

La luz que había iluminado siempre la sala de su casa aparecía ahora rozando algunas esquinas nuevas. Aurora pensó que en ellas había estado siempre ese otro hombre, hurgando en la oscuridad. Se preguntó cuántas veces Dora habría supuesto que reconocía en su hija las facciones, la forma de los ojos, el color de la piel, algún gesto instintivo de los labios, a lo mejor algún tono en la voz, quién sabe. Era un modo de decirlo. A lo largo de su vida, ella le había llevado a cuestas su pasado. Hasta que se había liberado en esas palabras, no eres hija de Leonardo, el hombre se llama Ignacio Peña, vive en Madrid, cuántas veces había escuchado ese nombre dentro de ella en silencio, cuantas veces esa frase hasta que la había visto volar por el aire e incrustarse en la pared, y con ella a lo mejor el rostro de ese tipo llamado Ignacio, cuantas veces antes algún gesto, un encogerse de hombros, un movimiento de las manos, lejos de todos los demás, solo con ella. Dora.

Sí. Su madre había tenido las fuerzas para decírselo pero ella no había tenido las fuerzas para escucharla. Y ahora debía contárselo pronto a Vicky.

Su amiga Vicky, que la había acompañado los días anteriores, siempre con su sabia sonrisa, vendría a llevarla para tomar desayuno ese primer sábado sin Dora. Saldrían luego a dar una vuelta, tal vez a conversar. Si, necesitaba hablar con ella, con alguien, con ella.

Tomó un Dormex y se echó en la cama, preguntándose qué más le iría a contar su madre en la comodidad

y la complicidad de los sueños. Estaba en su propio cuarto y sin embargo esa medianoche, al despertarse con una tensión en los huesos, decidió pasarse a la cama de Dora para hablar más tranquilamente. Desde allí podría escucharla mejor.

Era su primer sábado sin ella y felizmente Vicky iba a llegar.

El sábado era el día del café de media mañana en el sol de la plaza de Lince. Era el día con tiempo de leer los periódicos, a veces de intentar hacer el Geniograma. Algunos señores se sentaban en las bancas a mirar el aire, algo aturdidos, fumando, a veces con una sonrisa.

Esos sábados en la mañana, por lo general Aurora salía a dar un paseo, iba a alguna tienda, hablaba con Vicky. Pero hoy desayunaría fuera de casa, que se había vuelto insoportable apenas la mañana comprobaba el vacío del dormitorio y de los corredores. Iba a salir. Podría pasar el día con su mejor amiga.

Miró el reloj. Las seis. Muy temprano para llamarla.

–¿Cómo estás, Auris, chica linda? Justo estaba pensando en ti. Lindo salió el entierro, oye.

–No sé, pero mi mamá habría estado feliz de ver allí a todos los que fueron. Y le habrían encantado las palabras del cura.

–Todo como ella lo dispuso.

–No todo. O bueno, sí. Pero hubo algo que dispuso a última hora.

–Qué.

Durante el silencio que siguió, Aurora se mordió los labios.

–Como te decía. Tengo algo que contarte, Vicky. Algo sobre lo que me dijo mi mamá. Pero quiero verte.

–Ahorita salgo. Te encuentro en el lugar de siempre.

Aurora había conocido a Vicky en la facultad de Derecho de la Universidad de San Marcos. Las dos se juntaban los fines de semana para repasar los códigos de derecho laboral, derecho familiar y todos los derechos que los profesores les endilgaban. A veces repetían en voz alta los códigos, y luego inventaban canciones con las letras de cada uno. Se veían todos los días en las clases. Algunas noches Vicky había ido a la casa de Aurora a escuchar música, conversar, tomar cerveza, hablar de amigas comunes y llamarlas de vez en cuando para ir al cine o juntarse para alguna fiesta. Cantaban juntas en voz alta las canciones de Freddy Mercury y de vez en cuando repetían entre cervezas «We are the champions». Ambas habían tenido relaciones felices con varios muchachos pero ninguna se había casado. El problema principal era que pasados los festejos y rituales del sexo, los hombres las aburrían con su conversación. Su olor sobre todo. Aurora había detestado el olor en sus dos parejas recientes. Olían a ellos mismos.

Estamos hechas la una para la otra, dijo Vicky alguna vez. Mejor estar solas que tristemente acompañadas. No hay hombre para nosotras. Pero si yo tengo una hija alguna vez, le pongo Victoria y si tú tienes una, le pones Aurora. Y si es hombre le pongo Auroro o Auris, qué te parece, le contestó. Bueno todos se van a burlar de mi tocayo, le había dicho Aurora. Pero ese nombre que tienes. Aurora. Ya nadie se llama así. No sé en qué pensa-

ba mi mamá cuando me lo puso. Acuérdate de la canción «Aurora, me has entregado al abandono». Igual te digo que con el tiempo mi nombre me está gustando. Te diré que tengo un sueño estos días. Que estoy metida en el fondo de un pozo y me dedico a reforzar sus paredes cuando puedo. A lo mejor por eso escogí ser abogada, para entender un poco cómo viven los demás o cómo deben vivir y para salir un poco de mí misma y de mis vainas. Y para ampararme en alguna ley de la vida, de algún modo, como sea. Y felizmente llegaste tú, amiga. Yo me encierro pero después vienes tú y me ayudas, Vicky.

Estaban en la cafetería de losetas blancas, sillas de formica y carteles con el menú del día. Les habían llevado dos tazas de café negro.

–¿Qué ha pasado? –le dijo.

–Bueno, no sé cómo decirte esto. Parece una telenovela, la verdad. Es terrible y a la vez, bueno, no tiene nada de original.

Vicky acercó la cara. Aurora le sonrió.

–Pero qué pasa.

–La típica escena, se puede decir.

–Me estás intrigando, amiga. Dime.

Una pareja de jóvenes enamorados entró a la cafetería. Llevaban ropas negras. Se sonreían y se acariciaban. Parecían a punto de hacer el amor sobre la mesa.

Aurora miró a la plaza. Era una mañana de calor con neblina. El peso del aire había aumentado y en la vereda podía verse el avance esforzado de la gente que muestra su agotamiento por el fin de un ciclo de sus vidas y en algunas pocas personas, la prisa y la ansiedad que anticipan las fiestas de fin de año. Un microbús lleno de co-

lores alzó un polvo negro contra el sardinel. Una mujer de pelo blanco apareció en la vereda, volteó hacia el café y la miró, como si esperara que le hiciera una confesión.

–Bueno, si no te cuento, no sé qué voy a hacer.

Vicky parecía haberse tranquilizado. Aurora se había dicho esas mismas palabras desde muy temprano esa mañana.

–Ya dime, pues. Me estás matando.

–Bueno. Mi madre... Bueno, mi madre me dijo que mi padre no es Leonardo, Vicky. Eso me dijo.

Se hizo un silencio. Un camarero pasó con dos tazas de café negro para la pareja en la mesa de al lado. Luego todo pareció detenerse.

–Qué.

Aurora miró hacia la taza. El café negro humeaba con un hilo fino y movedizo.

–Es otro hombre. Sí. Eso me dijo.

–Pero... no lo puedo creer.

–Bueno, ahora mismo que te lo digo, yo tampoco me lo creo. Es algo que no puedo creer, la verdad. Te lo cuento y me parece que otra está hablando.

–Ay, Aurora. Ay, Aurora.

Solo entonces, cuando las palabras estaban allí en el aire, convertidas en objetos sonoros, unos sonidos hechos con la forma de su voz, de su propia voz, aves negras creadas para volver hacia ella cada cierto tiempo, cuando vio la cara de Vicky, alguien fuera del pacto familiar escuchándolas, cuando supo que estaban empezando a sembrarse en el aire que las unía, Aurora se dio cuenta de lo que significaban. Eran una prueba concreta de su nuevo pasado, tal como se iniciaba en ese ins-

tante. Dichas por ella, colocadas en el rostro de Vicky, lejos de su madre muerta, tenían una nueva autoridad. Ella debía seguir las huellas que le dejaban, como señales en un camino de piedras.

Vicky se puso las manos en la boca. Había palidecido.

–¿No estaría delirando o algo?

–Hay unas pruebas, por lo visto.

–Qué pruebas.

Aurora señaló hacia la ventana. Su calle no estaba lejos.

–Me dijo que allí en el armario hay un cofre donde puedo encontrar algo sobre él. O de él, no sé. Y que lo busque.

–¿Qué busques a quién?

–Te estoy diciendo. A mi verdadero padre.

–Ah... bueno. Perdona, es que estoy tan aturdida que...

–Dice que es un español. Un hombre que vive en Madrid.

–Ah... No lo puedo creer. No sé qué decirte.

–No me digas nada. Yo tampoco sé qué decir.

–¿Y dónde lo conoció?

–Lo conoció en el Cusco cuando trabajaba allí. En la empresa minera donde trabajaba.

–Mierda.

–Y no sé mucho más. Sí sé su nombre. Me lo he repetido varias veces.

–¿Cómo se llama?

–Ignacio. Ignacio Peña. Creo que eso fue lo que me dijo.

Una franja de sol se había abierto paso en el piso de la cafetería. Era una forma larga y oblicua. Un hombre

alto entró, dejó una sombra afilada y se sentó en una esquina. Leía el periódico.

–Bueno, bueno. Esto no puede ser, amiga. Esto no puede ser.

–Qué haces.

–Voy a pagar. Vamos a buscarlo ahora mismo. Vamos a buscar lo que te dejó tu madre en el cofre y vamos a buscar el nombre de tu padre en internet, amiga.

–No sé si quiero.

–Bueno, tenemos que verlo. Tenemos que ver su foto.

Vicky sacó su teléfono.

–Mejor vamos a la casa y vemos la computadora.

Aurora alzó su taza de café.

–No hay tiempo de tomar esto. Vamos.

Al llegar a la casa se sentaron frente a la computadora. Vicky escribió el nombre. Aparecieron algunas respuestas. El mismo nombre en México, en Argentina, en Colombia, en España.

–Hay tres españoles que se llaman así –dijo ella–. Los tres en Madrid. Pero no encuentro las fotos. Las que hay no dicen si son españoles o de otro lado.

–Déjame ver –dijo Aurora.

Vicky apretó las teclas con fuerza. Era un sonido rítmico, como un conjuro. Las fotos fueron apareciendo, con sus nombres.

–Míralos. Aquí están.

Aurora miró la pantalla. Un Ignacio Peña era ingeniero. El otro era abogado. El otro era un empresario de seguridad. Los tres tenían entre sesenta y sesenta y cinco años.

–Deben de ser más o menos de la edad que tenía mi madre. Quiso darme más detalles pero no pudo. Y tam-

poco estaba muy lúcida cuando lo dijo. No sé. A lo mejor es todo un arrebato de mi madre, un delirio, no sé.

Vicky se acomodó en la silla. Al frente la pantalla brillaba.

–No dice aquí que ninguno viviera en el Cusco –dijo–. Ah, pero mira. Hay uno que dice que vivió un tiempo en Cochabamba, Bolivia. Es el de la empresa de seguridad. Pero nadie en Perú.

–Mira a ver si puedes encontrar las fotos otra vez.

Vicky apretó varias teclas. De pronto encontró una nueva foto de Ignacio Peña. Ingeniero.

Era un tipo de aspecto juvenil y decidido, a pesar del pelo entrecano. Miraba a la cámara con una media sonrisa, un dibujo cauteloso y firme. Abajo había más datos. Dirige la empresa de construcción Fortuna. Es casado, tiene dos hijos. Vive en Madrid.

–La verdad es que se parece a ti. Un poco.

–No sé. A ver si encuentras a los otros.

Vicky siguió buscando. Pronto aparecieron los otros dos. El Ignacio Peña abogado, vaya ironía, se parecía en algo a su tocayo.

–Y a ti también, la verdad –dijo Vicky–. También se parece a ti.

–A ver el otro.

Vicky movió la tecla varias veces. Filas de fotos desfilaron frente a ella. Por fin vio algo. Era una foto en una página social, en una revista.

–Allí está, el segundo de la izquierda.

–Es distinto de los otros.

–Pero se parece a ti, de verdad, también un poco.

–Mi mamá me dijo algo más.

–Qué.

–Que tiene una mancha roja, en la mano izquierda.

–Bueno, bueno. Esto va a ponerse bien. Tienes que ir para allá de todos modos.

–Me dijo que en el cofre iba a encontrar algo más. Pero no me he atrevido hasta ahora a buscarlo.

–Pero por qué. Vamos allá.

Las dos llegaron al dormitorio de la señora Dora. La cama estaba tendida, los barrotes de madera en alto, la caja con sus aretes lista para que la señora la abriera. Todo estaba esperándola.

–Déjame a mí –dijo Aurora.

Abrió el armario, movió la ropa de su madre (qué haría con todo eso, ya lo vería luego, pensó que se quedaría con un vestido de ella para recordarla y para ponérselo alguna vez, pero por ahora nada, su ropa se quedaría allí, como ella) y encontró, junto a unos zapatos alineados, el cofre negro con rayas doradas.

–Aquí está.

Aurora lo sacó y lo puso encima de la cama.

Por un instante, ninguna de las dos habló.

Aurora abrió la tapa.

Dentro había dos objetos. Uno era una foto. El otro era un papel escrito a mano.

–Mira esto.

Aurora vio a una mujer abrazada a un señor. Eran ellos. Sí. Estaban en Machu Picchu. Las ruinas detrás, las laderas, los caminos y los muros, el cielo abierto. A Aurora le tomó un momento reconocer las facciones de su madre.

–No lo puedo creer –dijo Vicky–. La señora Dora. Tan joven.

–Y él.

–Bueno, bueno. A tu mamá le significó algo todo esto. Si no, no lo hubiera guardado allí, digo nomás.

–Seguramente lo escondió de mi padre.

–Seguramente. No creo que él viera esto.

–Pero sí sé que supo del asunto.

–Qué.

–Fue antes de que se conocieran, Vicky. Cuando mi mamá lo conoció a mi papá, ya estaba embarazada de mí. De este señor que ves aquí.

–Caramba. Qué capo tu padre. Qué maravilla que haya hombres así.

–Me aceptó sabiendo que no era su hija. Me quiso antes de conocerme, sabiendo que no era suya.

–Eso era porque quería a tu madre. Y a ti, obvio.

El papel estaba allí, escrito a mano.

–Y esto es una carta –dijo Aurora.

La abrió.

Acercó el papel, lo puso entre las dos.

La leyeron juntas. Letras seguidas, a mano, sin tachaduras, escritas de un tirón.

Querida Aurora.:

Al momento de irme, quiero que sepas que no voy a olvidar ninguna de las veces que hemos estado juntos. No voy a olvidar tus labios ni tus palabras ni tus silencios. No voy a olvidar tus ojos hermosos y profundos, mirándome. No voy a olvidar tus caricias, tus besos, tu alegría, tus tristezas y tu modo de caminar, tus piernas junto a las mías en las caminatas por la plaza, por el barrio de San Blas. Vas a estar conmigo, Dora. Vas a estar conmigo. Cómo me ayudabas, mujer, cuando me sofocaba, y cómo me dabas ánimos para subir esas cuestas. Y para todas las cuestas de mi vida,

Dora. Y ahora... tengo que partir sin ti. Tengo que partir de regreso porque estoy atado a mi vida allá. Porque aquí no tengo futuro. Vamos. Por todos los problemas que conocemos. Por ti. Por mí. Mi vida es una familia, un trabajo, un futuro allá. Aquí hay demasiados problemas. No puedo ocultarlo. Si tan solo vinieras conmigo. Pero no puedes. Lo entiendo, aunque no lo creas. Lo entiendo. Pero no lo acepto. Espero que seas muy feliz. Espero que pueda verte mucho en mi imaginación. Espero que nos encontremos algún día. Mi vida se va por muchas direcciones pero no voy a regresar a América, creo. Voy a buscar una vida en España ahora que mi padre ha muerto. Algún día quizá sea senador en las Cortes de España. Eso es lo que más quiero. Pero no puedo quedarme aquí ni puedo llevarte ni puedo hacer nada más que recordarte. Recordarte. Quererte. Amarte.

Abajo había un trazo que no era una firma ni mucho menos. Seguramente en un instante de pudor y de arrepentimiento, el señor Ignacio había querido borrar su última huella.

–¿Será senador, como dice?

Vicky volvió a la computadora.

–Aquí dice que el Senado se consagró en España con la Constitución de 1978. Fue justo diez años después de eso cuando estuvo aquí.

Aurora no contestó.

Seguía mirando las letras, la foto, el rostro de su madre. Y junto a todos ellos, más grande, más fuerte, la cara de su padre. De Leonardo.

–Mi madre me dijo que fuera a conocerlo.

–Yo pienso lo mismo. Tienes que ir allá.

–No sé qué hacer.

–Tiene que saber que existes, Aurora. Tiene que saber.

Aurora fue al cajón. Sacó el sobre. Un montón de billetes de cien dólares se esparció por la cama. Algunos cubrieron la carta y la foto.

–Ahorró durante toda su vida para dejarme esto. Así me dijo. Para que vaya y le dijera algo a mi papá. Para que me ayudara, me dijo.

Vicky se quedó en silencio.

–Creo que tienes que ir.

–No sé. No me atrevo.

–Tienes los días de fin de año ahora. Y tus vacaciones. Y con lo de la muerte de tu madre puedes decirle al estudio que necesitas un viaje.

–Sí.

–Mira –dijo Vicky–. Tu mamá escogió para morirse estas fechas para que pudieras ir. Tienes el tiempo libre.

Aurora guardó la carta y se quedó mirando la foto.

–Pero no sé cómo voy a encontrarlo.

–Anda y búscalo.

–Si al menos supiera quién es. –Hizo una pausa y agregó–: Pucha que ahora ya no sé ni quién soy yo.

–No sé qué decirte, amiga.

–Vamos a salir que tengo que tomar aire.

Estaban caminando junto a la iglesia de Santa Beatriz. Allí estaba su torre alta y sus rejas y la imagen de esa mujer de sonrisa medida, una sonrisa en la que ella habría podido guarecerse. Aurora se detuvo.

–Ven conmigo –le dijo a Vicky.

–¿Vamos adónde?

–Allí, a la iglesia. Quiero arrodillarme y pensar y decir algo.

Al mediodía, después de una larga caminata, entraron a almorzar en el restaurante de la esquina. Se sirvieron una causa de atún, pescado frito con lentejas y una jarra de chicha morada. Hablaban entre silencios que Vicky trataba de llenar. Yesenia, la camarera, las conocía bien y después de desearles felices fiestas, les preguntó si se servirían algo más.

–No tengo ni idea de qué hacer ni de cómo acercarme a él. ¿Qué voy a hacer, presentarme en su casa y decirle que soy su hija? Parece una mala película.

–No sé, ya me estás confundiendo. Pero tienes que ir, Aurora.

–No pienso reclamarle nada.

–Pero no puedes quedarte aquí y seguir como estabas ahora que sabes esto. Es como tener una vida incompleta. Tu padre está allá y no lo conoces. ¿Y tú acá? Ni hablar.

–Bueno, ya voy a ver lo que hago. ¿Qué vas a hacer en Navidad?

–Ay, no sé. Cualquier cosa, oye.

Un poco más tarde estaban caminando por el Malecón de Miraflores. El faro pintado de negro se iba acercando. El universo del mar, como un abismo gris y azul, se movía hacia el fondo. Los caminantes y corredores y familias avanzaban por el malecón, o se sentaban a mirar el susurro lejano del agua.

–A veces me gustaría tirarme al mar y perderme allá, al fondo, pero allá en la última línea –señaló Aurora–. Es lo que más quisiera.

–Cualquiera tiene ganas de eso. Pero aquí estamos y aquí tenemos que volver, amiguita.

–Aquí estamos y desde aquí tenemos que irnos.

–Tú lo has dicho.

–¿Así que tengo que ir a España, crees tú? ¡Ir y buscar al que puede ser mi padre y presentarme y nada más!

–No sé. A veces todo puede parecer ridículo. Ir a buscar a tu padre a España te puede parecer ridículo. Pero no ir es más ridículo todavía.

Las olas iban formándose desde lejos, como si la amenaza de llegar a tierra les diera una furia inesperada. Algunos surfistas aprovechaban las montañas movedizas para encaramarse encima por unos instantes gloriosos. Los parapentistas que vigilaban el cielo parecían estar aprobando todo lo que ocurría.

–¿No te has puesto a pensar que se ha muerto o que no es uno de los que hemos buscado? Es una tontería pero puede pasar. Bueno, bueno, pero todo puede pasar, como dices.

–Y además.

–Me lo pidió mi madre, ya sé. Y cuando una madre pide algo, alguna razón hay.

–Claro que sí. Y la razón es que ahora no puedes dejar de pensar en eso.

–No sé. ¿Qué voy a sacar yendo?

–No te puedes quedar con lo que te dijo ella nomás. Tienes que saber lo que pasó. Y verlo a él.

–Pero ya te digo que no quiero reclamarle nada.

–No es por reclamarle. Tienes que verlo. Y a lo mejor él también tiene que verte a ti. ¿Sabe que existes?

–Ya te digo. Mi madre le contó. Le dijo que estaba embarazada, así que me imagino que él también habrá pensado que yo iba a aparecer algún día.

–Así parece. Entonces tienes que ir. Haz realidad sus sueños, o sus pesadillas, yo qué sé.

Se sentaron a mirar el océano que parecía haberse calmado. Ahora iba despidiendo olas como en una fábrica natural. Al fondo se podían ver algunas sombras curvas y una serie borrosa de líneas horizontales con tonos de amarillo y azul que se integraban al gris esplendoroso del cielo.

Aurora se quedó en silencio. Un rumor se abría paso entre el ruido de las voces a su lado.

–Cuando yo era chica pensaba que el mar nos enviaba mensajes –dijo Aurora–. Esos mensajes eran las olas. Cada uno era distinto. Algunos eran muy débiles y cortos y otros eran enormes. A veces los mensajes se chocaban unos con otros y venían nuevos que chocaban con los anteriores. Todo era un ir y un regresar siempre. Nada es definitivo.

–Vaya. Nunca había oído eso. Mensajes que nos manda el mar. Qué simpático.

–¿Te burlas?

–No, para nada.

–Pero como nadie sabe que el mar nos manda esos mensajes, como nadie los entiende o los valora, entonces el mar va a seguir con sus mensajes para nosotros, hasta que nos enteremos. Eso pensaba yo.

–¿Ah, sí? ¿Y qué piensas que el mar te está diciendo ahora?

Las dos se quedaron en silencio. Un grupo de turistas en pantalones cortos pasó frente a ellas.

–No sé.

–Yo creo que sí sabes.

Se quedaron en silencio.

–Ya se me venció la fecha del pasaporte –dijo Aurora–. Mejor sería sacar uno nuevo. Voy a sacar el biométrico.

–Y además con todo lo que has viajado, bueno, ya debe estar lleno. México, Argentina, Colombia, Nueva York. Hasta New Orleans conoces.

–La ciudad más linda, ya te dije. Gente de todos lados iba allí.

–Bueno. Cuestión de un trámite el nuevo pasaporte. ¿Quieres que vaya contigo a España?

Aurora sacudió la cabeza.

–No. Tengo que hacer esto sola.

–Por lo menos te acompaño a renovar el pasaporte. Eso por lo menos. Y además no te preocupes, que vas a estar muy bien allá.

Aurora se quedó en silencio, mirando a la distancia. Luego movió la cabeza hacia abajo y murmuró:

–Vamos a ver qué pasa.

–Ya sabes que viví un año en Madrid, amiga. Yo sé lo que te digo. Vas a encontrar a tu padre allí. Vas a ver.

Al día siguiente, Aurora salió de la oficina de migraciones con el pasaporte nuevo en la mano. Era como ascender de categoría, pensó. Casi soy un ser humano reconocido. Ahora hay un nuevo documento. Están mis datos, mi nombre, mi foto tal como soy ahora, no la de

antes. Ahora miro a la cámara sabiendo algo sobre mi padre que en la imagen anterior mi rostro ignoraba. En esta foto solo yo sé lo que ha pasado. Soy otra en esta foto y no sé qué va a pasar...

–Bueno, te felicito –dijo Vicky–. Y ahora que no necesitamos visa a España puedes irte cuanto antes.

–Ya veremos.

–Vamos a la agencia de mi amiga Karen, como que nos paseamos.

Las dos llegaron a una agencia de viaje en la avenida Pardo de Miraflores. Entre calendarios y computadoras, las atendió Karen, delgada, sonriente, con el pelo atado, preguntando qué había sido de la vida de Vicky.

–Bueno, pero dime, qué te trae por aquí.

–Es que es para mi amiga. Ella es Aurorita. Quiere irse a Madrid.

–¿Quieres irte a Europa en estas fechas? Pero si ya está todo tomado –dijo Karen mientras miraba a la computadora.

Karen se quedó como hipnotizada, el rostro iluminado, haciendo unos sonidos de pequeños tambores, la piel estirada con lo que acababa de ver.

–Espera, mira. Mira. Estás de suerte, oye. Tenemos una cancelación. Puedo ponerte en un vuelo que sale el sábado.

–Bravo, oye. Yo ya sabía que tú lo ibas a hacer.

–Esto es como un milagro, mira. Parece que alguien te ayuda desde algún lado.

Caminando por la alameda de la avenida Pardo, Aurora sintió que el sol caía entre las hojas con todo su peso.

Una seguidilla de franjas de luz, como lanzas y cuchillas, se había formado en la alameda. Corría un viento delicado y las luces se movían de un lado a otro.

–Ahora te dejo, Aurora. Tengo que irme al trabajo.

–Gracias, Vicky.

Las dos se abrazaron.

–¿Te veo antes de irme?

–Te llamo mañana –dijo Vicky–. Y ten cuidado con cambiar de opinión.

Aurora siguió por la Alameda Pardo. Había un tráfico de autos a ambos lados pero allí, en medio, como si el tiempo hubiera encontrado un refugio, el aire se había agrupado en un extraño silencio. Las hojas de los árboles se habían detenido, la acera había quedado vacía entre dos grupos de caminantes.

Se sentó en una banca. Las pistas estaban desiertas por un momento. Los autos avanzaban a una gran distancia de allí, como en una procesión.

Estiró las piernas como si pudiera llegar al otro lado de la calzada. Imaginó que Leonardo, su padre, había creado ese momento de silencio para ella, para ellos dos, para que pudieran encontrarse de pronto y para siempre, cuando todo parecía haberse replanteado, para volver a hablar a solas.

De pronto vio a un hombre delgado y alto, con un maletín. Tenía un paso rápido y medido. Había algo parecido a una marcha militar en su prisa y su cadencia, la marcha de alguien buscando atacar una fortaleza que lo esperaba al fondo de la Alameda. Aurora apoyó la espalda en la banca como si pudiera darle más espacio. El hombre pasó frente a ella y en el preciso instante en el que estaba muy cerca, se volteó a mirarla. Ella cerró los ojos.

Pensó que estaba en la cama de su madre. Allí estaba con Dora, acurrucada. Y pronto apareció su padre Leonardo abrazándolas. Cómo están mis nenas. Ella con los dos. Y en la oscuridad, una sombra larga, un hombre sin rostro, que merodeaba por la habitación.

Abrió los ojos. Sacó la foto de Dora y de Leonardo. La sombra de los árboles los acariciaba. Los dos mirándola, pendientes de lo que ella iba a hacer. Iba a ir a buscar a su padre en Madrid. Sí. Lo voy a hacer. Es lo que querías, mamá.

Se descubrió mirándola un tiempo largo. Luego se dirigió al rostro de su padre.

Mira, papá. Voy a hacer esto. Voy a ir a Madrid, voy a buscar a ese hombre, no sé si lo voy a encontrar. Voy a hacerlo pero no sé por qué. Creo que porque me lo pidió tu esposa Dora, y porque a pesar de todo, siempre fui una niña obediente. Te pido perdón. No debería hacerlo. No quiero que pienses mal de mí. No quiero que creas que no te quiero porque busco al otro hombre. No, no. Tú eres mi papá porque contigo salimos a caminar por la calle, contigo fuimos al parque a tirar la pelota, fuimos al cine los viernes, y luego fuimos al teatro los domingos por la tarde, y en los inviernos íbamos al circo y allí nos reíamos juntos. No me olvido del payaso que me invitó a pasar al centro del circo esa vez. Y yo le pinché un globo en el pecho y nos reímos tanto con ese payaso de nariz redonda y sombrero amarillo y con sus labios rojos y con su voz aguda, nos mirábamos y nos reíamos. Y luego, un día tú me hablaste del futuro y de todo lo que podía hacer. Me diste fuerzas. Aprendí a tener esperanzas contigo. Me enseñaste a pensar que todo podía ir bien. Me fortaleciste las piernas, el cora-

zón y la cabeza. Y me acompañaste junto a Tito. Estuvimos los tres, los cuatro. Siempre fui igual que él para ti. Recuerdo ese día después del almuerzo que nos contaste de cuando cargabas bultos en el mercado central de San Pedro en el Cusco y te quedaste sentado de repente y dijiste voy a estudiar, voy a seguir una carrera, como sea, estudiaré por las noches, cuando sea, pero voy a salir de aquí. Eso lo recuerdo mucho. Con todo lo que te admiro y te quiero y te extraño y a veces lloro por ti, cuando estoy sola tantas veces que lloro por ti, papá. Pero ahora resulta que todo lo que yo pensaba sobre ti y sobre mí, no sé, tenemos que rehacerlo. No sé por qué mi mamá tuvo que decirme eso pero también le agradezco, porque ya comprenderás, porque yo tenía derecho de saber. No sé si es mejor saber todo lo que ha pasado pero ahora mismo creo que sí es mejor. Y voy a ir a Madrid. Voy a ir, pero no para que ese señor me ayude, como dijo mi mamá. No sé qué le pasaba a tu mujer cuando habló así. No voy a ir por eso. Voy a ir para verlo, para hablar con él. Quiero saber si ese señor existe, de verdad. Verle la cara. Escuchar su voz. Para darme cuenta. Porque hasta ahora creo que mi mamá me inventó algo, no sé. Lo que pasa es que no puedo creer que todo lo que hicimos juntos tú y yo, tuviera que ver también con otro hombre. Tú a lo mejor pensaste muchas veces que él andaba por allí, por mis facciones, por mi voz, por mi modo de ser. Pensabas que él andaba allí merodeando entre mis pupilas. O sea que vagabundeaba por mi cara y por mi cuerpo, como un animal escondido. Pero todo lo que soy yo, en verdad, eres tú. Igual tengo que ir. No me puedo quedar así después de lo que me dijo Dora. Tengo que buscarlo. No sé si lo encontra-

ré, no sé. Tampoco sé qué le diré si lo encuentro, pero te advierto que voy a pedir tu consejo cuando esté por allá. Voy a pedir tu consejo.

Aurora guardó la foto. Luego sacó la de su madre.

Contigo mejor hablo después. Ahora no sé qué decir, carajo.

De pronto vio que un guardia se acercaba.

–¿Está todo bien, señorita?

–Sí. Todo bien. ¿Por qué?

–Porque usted parece muy pálida. La he estado mirando.

–No se preocupe.

–¿No quiere que llame a una ambulancia?

Aurora se puso de pie. Podía tomar un taxi a su casa. Hacía demasiado calor.

La mañana siguiente sonó el teléfono. Era Vicky.

–Estaba pensando en qué le vas a decir.

–Yo estaba pensando más bien en por qué estoy yendo.

–Bueno, mira. Estás yendo por curiosidad. Esta vez sí que tienes derecho a la curiosidad, amiga. Tiene que contarte la historia. Tienes derecho, no sé, tienes derecho a saber qué pasó, cómo se conocieron, por qué se fue el señor, todo eso. Tu madre no te contó casi nada, salvo lo más importante. Pero nada más.

Hubo una pausa. Un heladero dejó sonar su bocina en la ventana.

–Sí, porque la verdad, si te digo, quiero que me cuente la otra mitad de la historia. Lo que mi madre no terminó de contarme, mejor dicho.

–Que te cuente la historia.

Aurora vio pasar a un hombre por la ventana. Tenía un saco viejo pero limpio, el peinado recortado en líneas precisas, un andar rápido y vacilante. Seguramente había salido a dar una vuelta y volvería a una casa donde lo esperaba un té y algunas galletas, los consuelos de un tipo de su edad que se mantenía en silencio en el mundo.

–Sí, la verdad tengo que verlo –dijo.

–Y que sepa que existes. Y cómo eres, pues.

–Sí. Sí. Saber quién es él –dijo Aurora–. Que me diga quién fue mi madre para él. Y quién soy yo. Eso es lo que quiero.

–Bueno. Te llamo más tarde. Tengo que ir de compras ahora. Qué huevada tener que comprar para Navidad.

–Felizmente ahora solo tengo que regalarle a mi tía Avelina.

–Así es. Menos regalos. La muerte simplifica todo.

Aurora apagó el teléfono.

Tenía que ir a buscar un regalo pero prefería dar vueltas. Podría ir a algunos de los almacenes en la avenida Arenales o a Miraflores. Aurora llegó a la calle Diagonal y se sentó frente al parque Kennedy. Vio un grupo de gatos sobre la yerba. Uno de ellos tenía el cuerpo anaranjado y blanco, como un pequeño tigre domesticado. El animal la observaba con los ojos de fuego. Estaba como en un estado de estupor y a la vez en la lentitud de una paz natural.

–Así es, querido amigo –le dijo–. Tú me entiendes.

Algo ocurrió esa noche pues Aurora durmió apenas, sin pensar en nada, como flotando en el aire sobre la cama. Tomó una pastilla y luego otra y se quedó al borde de tomar una tercera, pero logró contenerse.

Apenas vio algo de claridad en la ventana, se puso el buzo y las zapatillas. Abrió la puerta y sintió el sabor salado del aire. Empezó a correr por la plaza de Lince. Tenía que hacer sus diez kilómetros. Era otra persona, alguien a quien amaba, cuando empezaba a correr. Se sentía una adicta a la velocidad con la que dejaba atrás el mundo. Los golpes en la vereda sonaban como tambores hacia la guerra. Vio un mendigo echado entre sus harapos que abría los ojos, un carro policía avanzando, algunas mujeres de velo negro yendo a la iglesia, un camión de la basura detenido con algunos desperdicios flameando, un policía con la mano furiosa en alto, una fila de árboles alineados como banderas de despedida. Tenía el viento en los ojos. En el camino la voz de su madre insistía, anda a buscarlo, se llama Ignacio Peña. Una mujer de traje largo la vio pasar y se quedó mirándola, y la voz de su madre insistía, Leonardo te aceptó *en mi vientre, él con toda su nobleza y su amor, ahora* que lo vea voy a contarle que te dije.

Dio varias vueltas, regresó a la casa, se reclinó contra la puerta dando jadeos. Miró a su alrededor. Estaba en su casa aunque no lo pudiera creer. No recordaba haber tomado el camino de regreso.

Entró a la ducha y se refugió en las ráfagas de agua tibia que parecían golpearla y acariciarla al mismo tiempo.

Al salir de la cámara de agua y de vapor, se quedó de pie, lívida, mirando el espejo borroso de humo y se dio cuenta de que su cuerpo estaba apareciendo poco a poco, como viniendo lentamente desde el olvido, instalada en la eternidad de esa gruta líquida. Era como un cuerpo que se concretaba entre ese humo gris, las comprobaciones paulatinas de la memoria. Poco a poco el

aire se fue disolviendo y ella empezaba a aparecer, materializándose en una superficie cristalina y ardiente en la humedad. Mientras se miraba como por primera vez, ese cuerpo de piernas largas, pechos anchos y abiertos, el mentón afilado y los ojos luminosos y líquidos, se dio cuenta de que estaba viendo a alguien que no conocía, que no había imaginado. Claro. Ahora todo resultaba evidente. Ella era más alta que su padre y mucho más que su hermano Tito. Tenía unas facciones largas y extendidas, a diferencia de las de Leonardo. Había un color claro en los ojos, que no era frecuente en las personas de su piel. Tenía el pelo largo y mojado cayendo por los hombros y en eso se parecía a su madre pero no a su padre Leonardo, que siempre había tenido una cabellera dura y tensa. Su cuerpo provenía de otro hombre, de otro pasado que de pronto se había convertido en su futuro inmediato, y era su cuerpo y era ella, pero también el de otro. Esas células que viajaban por su sangre le repetían que había sido otra desde siempre. Era la mujer del espejo que veía por primera vez. Pero mejor era irse de allí, mejor irse de quien era en ese espejo. Nadie puede mirarse de frente mucho tiempo.

–Voy a irme a Madrid, tía Avelina.

Eran las seis, una hora adecuada, le parecía, para darle la noticia. No sabía por qué, tal vez a esa hora Avelina estaría demasiado cansada para intentar una reacción. Su tía Avelina había sido siempre una mujer de familia, una testigo complaciente y colaboradora activa de las corrientes por las que su familia avanzaba.

Era la hermana mayor de su madre y, salvo algunas relaciones con las amigas de la parroquia de Santa Beatriz, había gravitado siempre hacia ellas (hola, hoy terminamos varios ropones, voy a llamar al padre Esteban luego para avisarle, y nos servimos un tecito con tostadas luego), para inventarse y guarecerse en algunos hábitos compartidos. Dora y ella iban a misa, alguna vez al cine, a visitar a los Narvaez, a dar vueltas por el barrio y quedarse sentadas juntas en la plaza. Iban a los juegos del bingo los fines de semana. Y ahora que su madre no estaba («no estaba», así lo decían todos), a Aurora le parecía algo injusto dejar sola a su tía Avelina. Pero era lo que debía hacer, o lo que iba a hacer precisamente porque su madre se lo había pedido. Ir a Madrid, qué cosas las que se le ocurren, para buscar a un tipo que ella dice que es mi padre.

En ese momento, estaban en la sala de la casa. Su tía sostenía un encaje, atravesando la tela con las agujas para bordar un pañuelo. Era el mismo gesto que ella le había visto muchas veces. A esa hora, mientras en la calle los autos se embestían unos a otros, su tía y Dora habían estado bordando pañuelos en la paz minuciosa que iban creando en la casa. Ahora su tía lo haría sola. Seguiría bordando pero sola. Su cara de arrugas felices, hechas de tanto haberse preocupado y ayudado a otros, se quedó en silencio.

–Voy a irme a Madrid, tía Avelina. Sí.

–¿De verdad? Pero ¿por qué?

–Bueno, para despejarme un poco.

–Bueno, pues.

Era la frase repetida de su resignación. Siempre lo había dicho así. Bueno, pues. Ya, pues. Así había sido

siempre con ella. Aurora había escuchado la historia de algún novio remoto que había abandonado a su tía Avelina en la puerta de la iglesia. Había oído decir que luego de algunos años se había descubierto que ese hombre en realidad ya tenía una familia con dos hijos y una esposa y un perro pekinés, pero que siguió cortejando a la tía como a una eterna novia, hasta que ella se enteró de su matrimonio con las invitaciones hechas y la fecha separada para la ceremonia. Había oído decir todo eso pero por caridad nunca había querido preguntarle. Se decía que su antiguo novio ya había escapado y vivía en alguna ciudad o a lo mejor en algún pueblo en Estados Unidos, en algún suburbio con rejas blancas de madera y un asador de parrilla en el jardín, celebrando los fines de semana con sus amigos del barrio y otra familia perdida. Su madre no había hablado mucho del tema con ella. Mejor no preguntar. De pronto su tía Avelina pareció despertar de un letargo.

–Pero espérate. Vuélveme a decir. ¿Te vas adónde?

–Me voy a Madrid, tía. Me voy el sábado.

–Pero, Aurora... ¿Cómo vas a irte así?

–Ya sé. No quisiera dejarte sola ahora, en este momento. Discúlpame. Es que me ha salido una oferta en un vuelo. Quiero despejarme. Me han dado unos días en la oficina, y este año ha sido muy duro con la enfermedad de mamá.

–Sí. Lo sé, hijita. Pero dime, ¿tú sabes el frío que está haciendo ahora por allá?

–Vamos, tía. No te preocupes. Si somos cusqueñas, el frío no nos molesta. Lo que sentimos en Lima no es frío, eso lo sabemos.

Su tía la observaba.

–Bueno.

–Así que te pido que te quedas en la casa, tía. Me la cuidas, por favor. Me cuidas mis bonsáis y mis plantas. Quédate aquí hasta que vuelva.

–¿Y cuándo va a ser eso? A lo mejor conoces a algún hombre y te quedas por allá.

–Es un viaje rápido –dijo Aurora, y agregó con un susurro–: Quiero conocer el Museo del Prado, ya sabes con lo que me gusta todo eso. Y nunca he estado.

Un bocinazo llegó desde la calle. Los ruidos de siempre.

–Bueno, que Dios te bendiga, hija. Eres lo único que tengo y no quiero perderte.

–Descuida que voy a venir pronto.

–Pero ¿cuándo?

–En enero de todos modos. Tú te encargas de regar las plantas nomás.

–Sí, no te preocupes. Pero llámame. O avísame. Ya sabes que yo no soy de cosas electrónicas. Pero el teléfono sí lo puedo contestar.

–Gracias, tía. Gracias mil.

Se hizo un silencio.

–Pasaremos la Nochebuena juntas por lo menos –dijo la tía Avelina.

–No. Ya te digo que me voy antes. Voy a pasarla allá.

–Pero ¿tú sola?

–Sí, me voy el sábado. Es que era un pasaje de ocasión.

Su tía miró hacia abajo. Aurora podía ver las luces y sombras en sus ojos, trabajando para encontrar alguna salida a la idea de quedarse sola en las navidades. De pronto la tía la miró.

–Bueno, vamos entonces el viernes al cumpleaños de Pocho. Allí van a estar todos los Narváez.

Aurora pensó que la conversación había llegado a un provisorio final feliz.

–Tan simpáticos los primos. Sí, vamos.

Aurora cerró la puerta y se acercó a la fila de bonsáis que tenía en el cuarto. Eran criaturas de una ternura lisa, pequeños árboles inmóviles en plena danza. Todas la estaban escuchando con atención, como otras veces.

A ustedes también les cuento que me voy.

Se las quedó mirando. Ellas también la entendían. Superficies aéreas y mesuradas y tímidas y explosivas en su frescura.

Nosotros nos parecemos. No se preocupen. Soy frágil pero resistente como ustedes. Voy a ver qué pasa. Pero voy a regresar. Mientras tanto, la tía Avelina va a encargarse de ustedes. Por favor, espérenme. Y sonríanle a la tía cuando la vean.

Esa noche se durmió temprano. Supo que soñó con su madre pero al despertar no podía acordarse de ninguna imagen. Solo que la había sentido muy cerca mientras volaban juntas sobre unas nubes negras.

Ya que se iba, su primo Pocho Narváez le informó que adelantarían la fiesta de Navidad para pasarla con ella. Claro, prima. Qué insolencia esto de irse en navidades. Pero no te libras de nosotros.

Ese viernes Aurora y Avelina fueron a la casa de los primos Narváez que habían organizado la cena con pavo, puré de manzana y arroz. Y el día de Navidad hacemos otra igual, qué les parece, que para comer no nos gana nadie. Ay, no. Pero ya no hacemos pavo. Ponemos pollo, dijo Pocho.

Las botellas de vino, cerveza y champagne revolotearon por la mesa mientras se decían algunos chistes y se explicaban algunos episodios de la política. Pero yo les voy a contar un cuento, dijo Pocho. Un día se encuentran dos viejitos en Las Vegas, en un hotel. Van a la piscina. Resulta que la viejita nada como una sirena. Va de un extremo a otro de la piscina, es una nadadora eximia. Y el viejito le comenta. Carambas, qué bien nadas, vieja. Cómo así aprendiste. Muy fácil. Es que yo era puta en Venecia.

Algunos se rieron. Yo les voy a contar un chiste mejor, dijo la prima Gladys.

A los postres pasaron a hablar de política. Felizmente Keiko Fujimori estaba en prisión y el fujimorismo en retirada. Después de los postres, su primo Pocho sacó la guitarra y todos entonaron algunos valses que Aurora coreó en voz alta. Luego vinieron algunos huaynos y Pocho cantó «Adiós, pueblo de Ayacucho, perlaschallay, ya me voy, ya me estoy yendo, perlaschallay.»

En algún momento, mientras hacían una pausa para tomar cerveza, la tía Avelina recordó a todos el viaje de Aurora. Se nos va, no sé por qué, pero se nos va a pasar las navidades allá. Y mañana mismo se va. Algunos levantaron los vasos deseándole buen viaje. Es una buena época porque no hay tanto turista en España, dicen. Bueno, pero ahora vamos a abrir los regalos, dijo el tío Pedro. Se había aparecido con una bolsa llena de paquetes. Mira que adelantamos la Navidad solo por ti. Todos aplaudieron. Se abrieron algunos paquetes con papel iluminado.

En su última noche en Lima, Aurora durmió apenas, mientras miraba todos los recuerdos que revoloteaban

sobre ella. Al amanecer recordó una vez más las navidades de regalos y sorpresas, el árbol, los desayunos con chocolate, las tazas con flores de color rojo y blanco, las ramas verdes en la mesa, su madre y su padre y Tito, todos sonrientes y de rodillas en la sala.

Lo vio todo, se vio a ella misma con sus padres. Se abrían los regalos, se dejaba todo el papel regado sobre la alfombra, su hermano hacía correr el carrito que le habían dado, ella con su primera muñeca a la que iba a llamar Toribia, las caras felices y exhaustas por la emoción, sí, los papeles, el carrito, Toribia, los dulces de caramelo. Qué lindo, papi. Gracias.

Sus padres nunca habían tenido mucho dinero pero en Navidad y en los cumpleaños se gastaba bien, siempre más de lo que se tenía. Y ella se veía allí, tan feliz en medio de los paquetes de regalos. Y a su lado, su madre lo iba resondrando.

Ahora estaban allí sus padres.

Ese sábado por la mañana se quedó en la sala de la casa, observando las paredes y sus encuentros con el techo, reconociendo las esquinas de su habitación que nunca había visto, trayendo las voces dulces y el traje azul oscuro de su madre y la camisa de cuadros de su padre, haciendo el esfuerzo por verlos todos de nuevo y por verse a ella, en una esquina. Por un momento le pareció que le decían algo, incluso que le deseaban buen viaje, desde esquinas opuestas. Su madre le sonreía con una sonrisa congelada, como una mueca de miedo, sabiendo que todo empezaba.

–Bueno, ya les contaré cómo me va.

La pendiente iba avanzando hacia el agua, como si tuviera que hundirse antes de seguir el camino. Los autos aceleraban a su costado.

–Que no piense que le pides nada. Ni le hables de dinero. En eso no le hagas caso a tu mamá.

Vicky le hablaba golpeando el aire con la mano, mientras conducía. Estaban bajando al Circuito de Playas. Las olas luminosas de esa tarde de sábado avanzaban hacia ella.

–No voy a pedirle nada. Solo espero verlo.

–Pero claro que tienes que verlo.

–Son treinta años, Vicky. Y solo tengo un nombre y un apellido. Y a lo mejor Ignacio Peña no es ninguno de esos tres que hemos visto. A lo mejor hay otro. A lo mejor se ha muerto. Quién sabe.

–No, no. Nada de eso. Por lo que vimos hay tres hombres con ese nombre, casi de la misma edad y no hemos encontrado a nadie más. Y los tres viven en Madrid, así que ya sabes. Tiene que ser uno de ellos.

El taxi seguía junto a la pared de tierra y piedras, protegida por una malla. Avanzaban a toda velocidad. No había posibilidad de retorno una vez que se habían subido a ese taxi.

–Así es. Tres hombres.

–Ya sabemos que hay tres personas que pueden ser, Aurora. No te preocupes. Ya tienes las direcciones de sus oficinas por lo menos. Ahora solo tienes que buscarlos.

–Claro, buscarlos. Imagínate. Nada más.

El taxi siguió subiendo y bajando las cuestas junto al acantilado. A la izquierda, en medio de la bruma luminosa, podían verse las islas, y al fondo el perfil afilado de La Punta. De pronto el auto bajó la velocidad, torció

a la derecha y recorrió las fachadas polvorientas y quebradizas de la calle La Paz. Luego llegó a la multitud ambulante de la avenida de la Marina. Luego apareció la iglesia de la Virgen de la Legua. Dicen que esta es la primera iglesia que se hizo en Lima, dijo Vicky. Y mírala ahora.

Pasaron encima de unos rieles y grandes avisos de gaseosas.

–Un abogado, un ingeniero y un jefe de una empresa de seguridad. Cualquiera pudo haber tenido un trabajo en la empresa minera esa donde conoció a Dora.

–Y no sabemos nada de la empresa minera donde trabajaba tu mamá.

–Busqué por todos lados y no están los archivos del personal de esa época. Algo pude ver en internet, pero nada de ella. Ha pasado demasiado tiempo.

El auto se había detenido pero de pronto hubo algo así como un pavor de espacios vacíos y el chofer avanzó por el caos fluido de los microbuses, autos y camiones. Todos estaban iluminados por un sol de despedida.

–Pero con los tres hombres y sus ocupaciones tienes algo. Y allá tienes a alguien que a lo mejor te ayuda. Yo me iría contigo.

–Ya te he dicho que no. Voy a hacer esto como pueda. Pero no te quiero arrastrar.

–Bueno, pero me avisas si me necesitas. Yo salgo corriendo para allá. Donde me digas.

–Gracias.

–¿Cuánta plata estás llevando? Dime.

–Ya te conté que mi mamá me dejó un dinero para esto –dijo en voz baja–. Casi siete mil dólares. Había ahorrado. Fue como una herencia con un propósito de-

finido. Habrá estado pensando tiempo en esto. No quería que hiciera otra cosa. Es mucho. Con eso, hubiera podido comprarme un auto de segunda. Pero ella quería que hiciera esto.

–Bueno, siete mil dólares. Allí tienes un poco más de seis mil euros.

–Eso es lo que me han dado. Seis mil ciento cincuenta euros. No voy a gastarlo todo. Quiero comprarle una lápida a mis padres con sus dos nombres. Por eso tengo un hotelito que me cobra cuarenta euros la noche. Tengo el pasaje de regreso para el domingo 20 de enero.

–Bueno, no sé por qué te pones fecha de regreso si no sabes lo que va a pasar.

–Espero que para entonces le haya visto la cara. No voy a gastar mucho. Le voy a devolver a mi madre lo que me sobre. No voy a ir a muchos restaurantes. Y quizás adelanto mi regreso. Ya tendré mi sueldo aquí esperándome. Y ya te digo. Con lo que me quede de dinero, voy a comprar una lápida para mis padres, poniendo los nombres juntos. Es lo que voy a hacer, para vengarme.

–¿Vengarte de qué?

Aurora miró hacia delante.

La torre de control aéreo se acercaba, envuelta en una bruma luminosa.

–No sé de qué. Para poner las cosas en orden, en verdad. Aunque no se pueda tampoco.

–Bueno, quién te entiende, oye. Pero bueno. Ya estamos llegando.

El taxi dio la vuelta, entró en la pista lateral, y se quedó frente a la zona de despegues internacionales. El chofer abrió la maletera.

Las dos se bajaron.

–No tienes que quedarte.

–Tengo que despedirte en forma, amiga.

Entró a la cola. Había algunos españoles hablando en voz alta. Acababan de volver de Machu Picchu. Se anunciaban lo que harían al volver a Madrid. Os digo que al llegar me voy a echar una siesta, pero una siesta acojonante que no me van a ver el pelo en dos días, aclaró alguien.

Después de la cola, Aurora salió a las escaleras con la tarjeta de embarque en la mano y vio a Vicky esperándola.

–¿Hay tiempo de tomar un café antes de que entres?

–Ya no hay tiempo –dijo Aurora–. Creo que tengo que irme.

Se abrazaron.

–Bueno, gracias por todo. Te quiero mucho, amiga.

Aurora se detuvo frente a Vicky. Pensó en todo lo que tendría que decirle, en quién sería ella cuando la viera otra vez.

–Llámame cuando quieras –sonrió Vicky.

–Gracias, amiga.

Aurora logró esbozar una sonrisa. Dio media vuelta aunque tuvo el impulso de voltear hacia Vicky otra vez. Se alejó. Las colas de entrada estaban llenas de gente y de abrazos y lágrimas.

Ella sintió que estaba temblando. Llegó a la sala. Una hora de espera todavía. Tendría que buscar algo que leer.

Cuando el avión empezó a tomar velocidad, mientras se estabilizaba en un vértigo horizontal, Aurora sintió el asombro de saber que estaba en el aire, conver-

tida en otra persona, tan distinta a la que se había quedado allá abajo. Alguien anunció que el avión iba a alcanzar los mil kilómetros por hora y recordó haber leído en algún sitio que era una centésima de la velocidad de la tierra. Había cambiado su identidad en pocos segundos. Antes era una persona en una ciudad con todas las obligaciones y necesidades de su entorno. De pronto allí, en esa silla en el aire, no era nadie. Solo alguien que espera llegar a un lugar desconocido. Estaba despojada de todo lo que la había atado. Había dejado de ser una hija que llora a su madre. Solo era una sombra sola, entre murmullos, que viajaba por el tiempo, a una distancia enorme del mundo. Volvería a ser alguien en doce horas, cuando el avión aterrizara. Pero no sabía quién.

Pero no. Soy tu hija. Así es, querido Leonardo. Querido papá, dijo, sacando la foto del bolsillo. Felizmente que te has venido conmigo.

El avión sufrió una serie de temblores seguidos, se recuperó con una entereza sostenida, traspasó una red de nubes y emergió sobre la superficie blanca. Pronto se estabilizó. Aurora abrió el libro que había llevado.

Alguien hablaba cerca. «Let's just relax for now. This is going to be a long flight.»